

**Domingos de verano  
para turistas madrileños pobres**

# el escorial

por Santiago Rodríguez Santerbás



Los cortesanos de Felipe II juegan al golf en El Escorial.

El hecho, considerado en sí mismo, parece trivial: trasladarse un domingo de verano, en un tren de cercanías, desde Madrid a El Escorial. Sin embargo, esta sencilla experiencia no es apta para espíritus pusilanimizadados por ciertos productos de consumo. La estación de Atocha —sede tradicional de emigrantes marroquíes esquilmados por astutos Gran Turismo y de víctimas propiciatorias del ingenioso, amén de edificante y didáscalico, timo de la estampita— ofrece, los domingos y fiestas de guardar, un pa-

norama casi apocalíptico: miles de personas de ambos sexos abarrotan los andenes, las salas de espera, los vestíbulos... (Son personas oficialmente pacíficas, ya que su concurrencia sólo exige la presencia de tres parejas de la Policía Armada). El espectáculo es ruidoso, multicolor y —cuando uno prevé su inmersión física en calidad de protagonista— angustioso. Cada diez o quince minutos parten trenes repletos de muchedumbres compactas y rugientes. Abundan los grupos familiares y las pandillas de adolescentes. Las familias —compues-

tas por lo general de marido magro cargado de trastos, esposa opulenta, niños vociferantes y, a veces, abuelita torpe de movimientos— parecen ser, en su mayoría, de modesta condición económica; para ellas, usuarias de televisores comprados a plazos, es aún inaccesible el 600. Los jóvenes tampoco parecen pertenecer a la fauna selecta de la calle de Serrano; visten insólitas y rebajadas camisetitas, pantalones vaqueros, minifaldas, «shorts» al estilo de los estrellas yanquis de hace veinte años; ellos y ellas manifiestan sin recato

una tronante y premeditada —aunque sincera— euforia y una obsesiva propensión a todo género de efusiones amorosas de primer grado. Podría afirmarse que, en este aspecto, la estación de Atocha es un valioso muestrario de la mini-revolución sexual llevada a cabo por la juventud española; pero es razonable suponer que estas rudimentarias expansiones no han de traducirse en soluciones concluyentes (en lo que Marcuse denominaría «sublimación no represiva»), sino en capciosas calenturas mentales (o, si se prefiere, utilizando térmi-

FEIFFER

"Cómo pasé mis vacaciones de verano"



"Julio... Los ví alunizar. Me robaron el coche. Mi hermano fue procesado por negarse a prestar el servicio militar..."



MI madre se rompió una pierna durante un apogón... Vi por televisión al presidente Nixon, que en el Vietnam habló del baseball... Mi hermana se accidentó en una manifestación. Y yo empecé "Guerra y Paz".



Agosto. Vi fotos televisadas de Marte. Fui a un campamento de verano, donde se produjeron disturbios raciales. A mi hermana le dieron una paliza los policías. Mi padre se declaró en huelga.



El presidente Nixon vino a nuestro campamento y nos habló de política exterior. Mi hermano fue muerto por un francotirador. Dejé "Guerra y Paz".



No era demasiado real.



Publicación Ball Syndicate